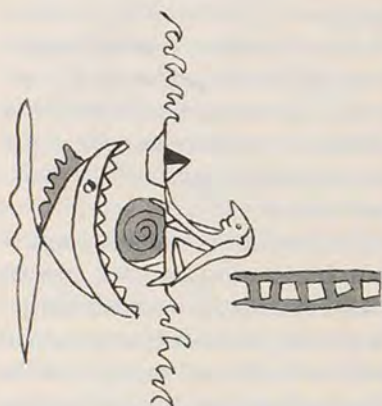


nada tiene que ver ni siquiera con el marxismo ortodoxo de los historiadores del partido Comunista, como Édgar Caicedo.

No es que Sowell no tenga razón en las críticas que dirige a Urrutia, a Caicedo y a otros autores, sino que generaliza sin considerar los matices y las diferencias y a esa generalización la denomina "marxismo tradicional" a secas, pretendiendo, al parecer, que su investigación se ubica en otra perspectiva teórica y analítica, cuando al leer entre líneas se encuentra la influencia de un autor como Edward Thompson, de incuestionable perspectiva marxista.



Estas críticas, no obstante, son marginales y circunstanciales. Pero pueden esbozarse otras más de fondo, entre las cuales podemos señalar dos. Una primera crítica está referida a una ambigüedad permanente a lo largo del libro, al confundir Movimiento Obrero y Movimiento Artesanal como si fueran sinónimos, cuando son cualitativa e históricamente cosas diferentes. En el caso de Sowell, como en el de Charles Bergquist, existe una confusión analítica porque usan el término trabajador para referirse a todo tipo de actividades, sin centrarse en lo específico de la relación salarial de tipo capitalista, y en eso sí que nos ayuda el pensamiento de Carlos Marx y de algunos de sus principales continuadores teóricos. Porque una cosa es ser un artesano y otra un trabajador asalariado, así este último, en el caso de importantes regiones de Colombia, incluyen-

do a Bogotá, haya evolucionado a partir del artesanado. En otros términos, la formación de la clase obrera en nuestro país tiene una notable influencia de los artesanos, en cuanto experiencias, tradiciones, formas organizativas, métodos de movilización y lucha, pero que se corresponden a otras condiciones históricas, caracterizadas por la emergencia del trabajo asalariado y la expropiación de las condiciones de producción de los productores directos, es decir, de los artesanos y campesinos. Por esta razón, me parece que no es adecuado hablar, para referirse a los artesanos del siglo XIX, de movimiento obrero, porque esa confusión terminológica origina otras confusiones analíticas, siendo la principal no considerar lo específico de cada momento y de cada movimiento.

Una segunda crítica a Sowell radica en considerar sólo de forma marginal la cultura de los artesanos, un elemento importante para entender sus acciones históricas y sus formas de resistencia a la proletarianización. Por eso, en Sowell no se encuentra un estudio de la simbología, de las consignas, de los eslóganes y de diversos rituales de los artesanos que hubieran ayudado a entender más a fondo la mayor parte de sus movilizaciones y luchas. El desconocimiento de esos aspectos culturales tampoco lleva a entender, por ejemplo, que a comienzos del siglo XX de forma contradictoria un sector de artesanos, sin compartir las concepciones económicas del *laissez-faire*, defendiera el legado del radicalismo liberal, como se puso de presente en importantes acciones de los artesanos hasta la década de 1920, incluyendo, para citar un solo caso, la insurrección bolchevique de 1929. Algunos de esos tópicos han sido analizados en algunos libros publicados en los últimos quince años, entre los que se destacan *Ideal democrático y revuelta popular*, *Insurgencia urbana en Bogotá* y *Gente muy rebelde*. En general, en el libro de Sowell se encuentran muy pocas menciones al impacto cultural del radicalismo entre ciertos sectores del artesanado bogotano.

De todas maneras, y para concluir, estas críticas personales no demeritan para nada los grandes aportes historiográficos del libro de David Sowell, puesto que ilumina un gran problema de la sociedad colombiana, que hoy otra vez se ha tornado muy actual, como es el relacionado con el impacto de vincularse incondicionalmente a las corrientes hegemónicas del comercio mundial (hoy pomposamente bautizadas como Tratados de Libre Comercio), sin tener en cuenta el choque brutal que eso tiene para la mayoría de la población. Este libre comercio hunde más en la miseria a los sectores populares, a medida que los países imperialistas nos inundan con sus productos, muchos de los cuales son pura y física basura, esbozando como justificación una supuesta modernización económica y productiva, la cual sólo deja, como en otros tiempos, hambre, desempleo y pauperización para muchos hombres y mujeres que hasta ahora habían podido sobrevivir dignamente.

RENÁN VEGA CANTOR  
Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## El género y las identidades

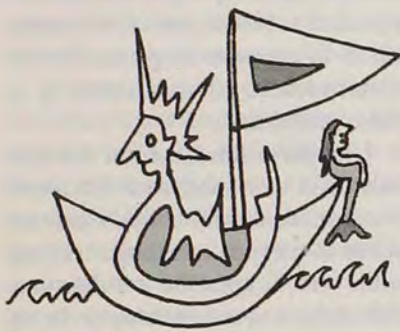
### Mujeres obreras y construcción de las identidades sociales. Cali, 1930-1960

Rosa Emilia Bermúdez Rico  
La Carreta Editores y Universidad  
Icesi, Medellín, 2007, 191 págs.

Resulta reconfortante leer libros de historia sobre temas que, en gran medida, han sido abandonados y olvidados por las tendencias dominantes en la investigación historiográfica, como aquellos relacionados con el análisis del mundo del trabajo. El asunto de los trabajadores ha pasado a ser secundario o terciario en los estudios históricos del país, en la medida en que se han impuesto algunos tópicos intrascendentes



(modas, consumos culturales, masoquismos, sadismos...), propios de la historia cultural y del giro lingüístico, en los que el análisis de la acción de sujetos sociales subalternos específicos (trabajadores asalariados, campesinos, indígenas y mujeres trabajadoras) ya no es considerado ni como un asunto interesante y, mucho menos, rentable, en los diversos nichos de mercado de la investigación social que se ha impuesto en Colombia, siguiendo, desde luego, parámetros que se generan en otras latitudes.



El abandono de la historia de los trabajadores tiene implicaciones políticas, en la medida en que se encuentra motivado por suposiciones arbitrarias, convertidas en lugares comunes en el imaginario liberal y posmoderno que hoy nos abrumba, tales como los de afirmar que los trabajadores asalariados están en vías de desaparición, que la clase obrera no tiene —e incluso algunos sostienen que nunca tuvo— ninguna importancia productiva, económica y tampoco política, que ahora la flexibilización laboral, impuesta por doquier, marca el fin de la posibilidad que los trabajadores puedan ser sujetos sociales, que el trabajo cognitivo del posfordismo marca el eclipse del trabajo industrial, etc., etc.

Este nuevo sentido común sobre los trabajadores se repite hasta el cansancio en los medios de comunicación, en los espacios académicos e incluso, en ciertos sectores sindicales y de izquierda —lo cual resulta particularmente paradójico—, para acoplarse a los requerimientos de esa nebulosa que burocrática-

mente se ha denominado “globalización” (en verdad, la expansión mundial del capitalismo). Por ello, es llamativo que sigan apareciendo algunas investigaciones históricas sobre los trabajadores colombianos, como el libro que reseñamos. Es aún más destacado que en éste se estudie a una comunidad de mujeres trabajadoras, lo cual supone afrontar el conocimiento de un asunto olvidado de nuestra historia, en la que predomina una visión machista y patriarcal de los procesos sociales. En efecto, Rosa Emilia Bermúdez Rico reconstruye la historia de las mujeres trabajadoras de la empresa Croydon en la ciudad de Cali entre 1930 y 1960. Como lo dice su autora, el centro de interés de la investigación se encuentra en las obreras de la industria urbana moderna “e indaga sobre las formas y circunstancias por las cuales se constituye un sujeto social, la *mujer obrera* en la primera mitad del siglo xx en la ciudad de Cali” (pág. 15, resaltado en el original).

Aunque dada la localización espacial y temporal tan específica podría pensarse que sólo es un estudio de caso, en verdad el resultado de la investigación va más allá y tiene utilidad en la medida en que se propone un modelo analítico para el estudio de la historia de las trabajadoras. Dicho modelo tendría tres características principales, que se exponen a lo largo de los tres capítulos del libro.

La primera característica tiene que ver con el tipo de fuentes empleadas, al abordar la reconstrucción histórica a partir de unos fondos documentales escasamente usados, pero indispensables para este tipo de investigación, como son aquellos generados por la empresa, por las trabajadoras o por la relación existente entre la primera y las segundas. Entre esas fuentes sobresalen las hojas de vida de las trabajadoras que entraron a laborar a Croydon desde su fundación, en 1937, de las cuales la autora consultó 910. También fue consultada la correspondencia entre trabajadoras y patronos, historias clínicas de las obreras, contratos de tra-

bajo e información interna de la empresa. Estas no son las únicas fuentes empleadas, ya que también se consulta la literatura secundaria esencial sobre la historia de Cali, del país y del movimiento obrero para la primera mitad del siglo xx y además incluye entrevistas a trabajadoras. Esto presenta un panorama que en términos empíricos es muy consistente para adelantar el estudio propuesto, ya que, por ejemplo, las fuentes señaladas permiten profundizar en la comprensión de aspectos tan diversos como el origen social y cultural de las jóvenes trabajadoras, sus enfermedades y las relaciones laborales con los patronos. En pocas palabras, este modelo apuntaría al rescate de fuentes directamente relacionadas con las trabajadoras, internas, por decirlo así, y generadas en el espacio de la fábrica.



Una segunda característica de este modelo resalta la cuestión de la identidad de clase, partiendo de la noción de obrera que emplea Carlos Marx en el sentido clásico de la definición, entendiéndolas como las mujeres que reciben un salario a cambio de la venta de su fuerza de trabajo, y se vinculan directamente a procesos productivos capitalistas (pág. 16). Para estudiar la constitución y evolución de la identidad de clase de las trabajadoras de Croydon se acude a una reconstrucción de la historia de la industrialización en Cali desde las primeras décadas del siglo xx y la conformación de la primera generación de trabajadoras asalariadas, las cuales van a desempeñar un importante papel, tanto cuantitativo como cualitativo, en la



configuración laboral del naciente capitalismo. Este hecho se explica por la estructura productiva de Cali, en la cual sobresalen empresas de alimentos y trilladoras, pero también porque las mujeres reciben un salario inferior al de los hombres, lo cual apunta a una diferenciación de género. Estos dos elementos sugieren que en Cali las obreras son empleadas inicialmente en aquellos sectores productivos en los que se presenta una especie de prolongación de las actividades domésticas de la mujer, en empresas con un escaso nivel de inversión técnica y que pagan bajos salarios.



También se estudia el origen de las trabajadoras; en dicho estudio se evidencia su procedencia rural y su condición de pobres. A grandes rasgos, las obreras que eran enganchadas a Croydon eran jóvenes de menos de veinte años, de origen humilde (campesinas o artesanas urbanas), huérfanas o que debían responder por la manutención de parte de la familia. Todo esto, como lo destaca la autora, incide en la configuración de la identidad de clase de las obreras, en la cual se mezclan aspectos culturales y mentales previamente existentes (agrarios o artesanales) con los que se configuran en la nueva situación de trabajadoras asalariadas, en una ciudad en plena transformación por la emergencia del capitalismo. Como la industria moderna requiere un cierto nivel básico

de instrucción de las obreras, se vincula a mujeres que sepan leer y escribir y que posean un mínimo nivel de destrezas para desempeñar las labores fabriles, lo cual exige cierto nivel de escolaridad. Todos los elementos antes considerados sobre el origen de las trabajadoras son analizados en el primer capítulo.

El otro componente fuerte de la identidad se da en el ámbito de la fábrica, tema del segundo capítulo. Al ingresar al espacio productivo de la fábrica, la joven mujer de origen campesino sufre súbitas modificaciones en sus patrones de vida, al tener que asumir una identidad nominal forzada que se le concede (un número de identificación como obrera), sujetarse a otro ritmo temporal, bajo el control del capataz y el cronómetro, cumplir una jornada fija de trabajo, realizar una labor específica e interrelacionarse en el mismo espacio físico con otras mujeres, con quienes va tejiendo vínculos cotidianos. En este nuevo contexto, “la obrera construye en parte una percepción de sí misma y de los otros y por tanto redefine su rol y re-construye su identidad” (pág. 65).

Se destaca al respecto el análisis sobre las diversas formas de control que despliega el capital sobre la fuerza de trabajo, así como los mecanismos de adaptación y resistencia que implementan las trabajadoras. Entre los medios de disciplinamiento y control sobresale cierto paternalismo por parte de los capitalistas, que se sustenta en las mismas condiciones de desamparo original de las trabajadoras, que son huérfanas, pobres e hijas ilegítimas. En torno a dichas condiciones se cristalizan las relaciones salariales, lo cual supone que *ser obrera* es considerado, por las mismas trabajadoras de Croydon, como un avance con respecto a su situación previamente vivida, antes de llegar a la empresa. Por esto, nos dice la autora en forma lúcida, la configuración de las obreras debe ser vista desde el ángulo de las nuevas formas de sujeción, disciplinamiento y control por parte del capital, pero también considerando la situación pretérita de

las mujeres, carentes por completo de libertad y de independencia económica. En la nueva situación, el *ser obrera* se constituye en una condición que les proporciona cierta libertad relativa (apenas la indispensable para convertirse en trabajadoras asalariadas) y alguna independencia (la escasa que le proporcionan sus magros salarios, con los que debe mantener una familia), todo lo cual aparece como un avance con relación a los momentos previos cuando las mujeres todavía no se habían convertido en asalariadas, aunque en rigor fuese escasa la libertad y la independencia que pudiesen disfrutar siendo obreras, por la permanencia de la opresión de género, la discriminación, el machismo y el madresolterismo.

Una parte fundamental del análisis de la identidad en el libro está relacionada con las consideraciones sobre el cuerpo de la mujer trabajadora y su adaptación y subordinación a los requerimientos de la explotación capitalista. Como las obreras, por lo común, están desnutridas y mal alimentadas, sienten rápidamente los rigores y las exigencias del ritmo fabril, con el uso en este tipo de trabajo de materiales inflamables, químicos y otros insumos contaminantes, lo cual se manifiesta en la aparición de enfermedades como anemia, tuberculosis, paludismo, reumatismo y artritis. El servicio médico de la empresa busca mantener en buenas condiciones a las trabajadoras para que respondan a las exigencias productivas, en razón de lo cual “las mujeres obreras tienen un cuerpo intervenido, adaptado y vigilado para incrementar su productividad; un cuerpo que se requiere preservar sano aunque se encuentre sometido a un desgaste permanente —que incluso lo puede inhabilitar—, un cuerpo afectado y enfermo” (pág. 91).

Ahora bien, la identidad de las trabajadoras se construye con respecto a los “otros”, a los empresarios capitalistas. En ese sentido, la autora destaca tres formas: la cooperación activa y el consentimiento con los patronos a partir del ideal de consti-



tuirse en “buena obrera”, la resistencia colectiva contra el dominio del capital y una combinación de estos dos aspectos. En cuanto a la resistencia, se destacan los efectos de la introducción del taylorismo sobre el proceso productivo en la década de 1950, periodo en el cual se presenta una huelga, de la única que nos habla la autora, en mayo de 1958, como resultado del modelo de producción impuesto por la empresa. Lamentablemente, sólo se le dedican unos cuantos párrafos a esta huelga, sin que sea tratada con más detalle, no sabemos si por falta de información o porque la autora no la considera como un hecho relevante en la historia de las trabajadoras de Croydon.

El tercer elemento constitutivo del modelo propuesto en este libro, deja el marco estricto de la fábrica y el espacio productivo para incursionar en el *estilo de vida* de las obreras. A partir de esta noción se estudian las prácticas sociales y culturales que forjan las trabajadoras, en cuya vida cotidiana “expresan identidades sociales que se definen y afirman en la diferencia” (pág. 119). Esta noción de estilo de vida remite al análisis de prácticas culturales como la forma de hablar, el tipo de educación, las maneras de vestirse, el uso del tiempo libre y la utilización del espacio urbano, tanto el público como el privado. Todo esto es analizado en el contexto del desarrollo urbano de Cali, ciudad en la que se fueron gestando los barrios obreros, pues en ellos (en especial en el Barrio Obreiro y en San Nicolás) habita una buena parte de las trabajadoras. Como quien dice, se genera una segmentación espacial y social, importante para explicar el proceso de identidad como clase y como género, ya que el *ser obrera* está relacionado con ocupar lugar específico en la ciudad, que colinda, lo cual no es mera coincidencia, con las zonas de tolerancia, donde otras mujeres venden su cuerpo para poder vivir, mientras que las obreras venden su fuerza de trabajo. Y estos dos tipos de venta, como bien lo resalta Rosa Emilia Bermúdez, no están muy distantes uno de otro ni espacial ni socialmen-

te, puesto que las obreras corren el riesgo constante de tener que vender su cuerpo, cuando ya no les compran su fuerza de trabajo, por deterioro físico, o porque el salario no les alcanza para vivir.



El capítulo final del libro se ocupa del estilo de vida de las obreras, en el que sobresale el análisis de la configuración espacial de los barrios (con su iglesia y su parque) donde habitan las mujeres trabajadoras, las tradiciones de las primeras generaciones de obreras, resaltando en el uso del tiempo libre el papel que desempeñan el cine, el baile dominical, el paseo familiar de fin de semana, la alimentación, la educación, la religiosidad y la política. En cuanto a estos dos últimos aspectos, es digno de mencionar que en lo religioso, pese a que las obreras sean católicas, no asisten a misa y no son beatas ni rezanderas. En lo político son “liberales”, término genérico que significa que comparten los postulados del partido Liberal o más precisamente una cierta idea del neoliberalismo que desde la década de 1920 estuvo ligado a las nociones artesanales de bien común, justicia y fraternidad que luego serán retomadas por el gaitanismo en la década de 1940. *Ser obrera*, entonces, en términos políticos era ser liberal, no tanto de militancia o de convicción doctrinaria, sino en cuanto que en el imaginario político de las trabajadoras se había impuesto la impresión que los ideales abstractos del liberalismo las beneficiaban y porque el tímido reformismo de la década de 1930, con sus leyes so-

ciales y laborales, les garantizaba algunos elementales derechos con respecto a la organización sindical.

De esta forma, para resumir, tenemos un modelo de investigación y exposición con tres elementos distintivos: las fuentes obreras o las que están directamente relacionadas con su actividad laboral (las generadas por la empresa); el análisis de la constitución de la identidad como clase, con sus orígenes sociales y culturales, en el espacio fabril, resaltando las formas de sometimiento, disciplina, control, junto a la adaptación y resistencia por parte de las trabajadoras; por último, el estudio del estilo de vida que nos remite a la cultura, las tradiciones, costumbres, ritos colectivos, religiosidad y acción política fuera del espacio fabril.

En este libro, su autora ha aplicado de manera clara este modelo analítico, que ha sido usado para otros temas y contextos por diversos historiadores (destacándose entre ellos a Edward Thompson) y que, por supuesto, puede seguir siendo válido para otros temas del mundo laboral. Pero, además, el libro comentado tiene la ventaja de desplegarse en el estudio de la historia de un sector de obreras, para lo cual se ha relacionado, aunque eso no siempre esté explícito, de manera adecuada el análisis de género y de clase, dos categorías analíticas y dos modos de proceder teóricamente que en lugar de ser antagónicos pueden y deben ser complementarios, como bien se demuestra en esta valioso libro.

Para terminar, dos reparos formales le hacemos a esta investigación: de una parte, no queda claro por qué los testimonios de las trabajadoras no aparecen con nombre propio, sino con el número de la entrevista. Si estamos reivindicando la identidad de sujetos sociales concretos, lo mejor sería proporcionar sus nombres y apellidos, para recordar que son seres de carne y hueso, con todas sus grandezas y limitaciones; y de otra parte, al libro le faltan ilustraciones y fotografías, con los espacios de la fábrica, de los barrios obreros y de las caras, manos y cuerpos de las trabajadoras,



para hacer mucho más viva y próxima la reconstrucción histórica que allí se ha realizado.

RENÁN VEGA CANTOR  
Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## Sumapaz: memorias de lucha y resistencia

**Surcando amaneceres. Historia de los agrarios de Sumapaz y oriente del Tolima**

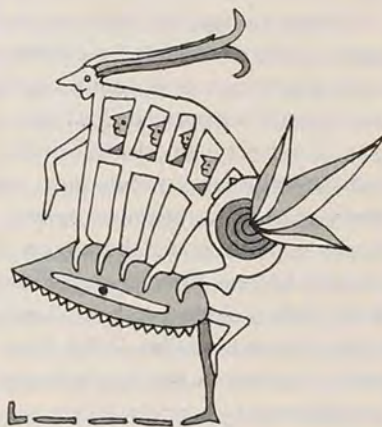
Laura Varela Mora  
y Yuri Romero Picón

Alcaldía Local de Sumapaz, Fondo Editorial UAN, Bogotá, 2007, 300 págs.

Un habitante común y corriente de cualquier ciudad colombiana seguramente se preguntará qué interés tiene hoy estudiar a los campesinos y a sus luchas, si se dice, con esa arrogancia que caracteriza a la ignorancia pretendidamente ilustrada que hoy nos abruma, que ya la tierra no es importante y los campesinos están en vías de desaparición. Tal perjuicio se ha visto reforzado por el colonialismo interno propio de las clases dominantes de este país, las cuales continúan defendiendo el control monopolístico de la tierra. En este sentido, no debe olvidarse que el poder terrateniente es una de las características perdurables de la historia colombiana desde antes de la independencia y durante los últimos doscientos años ha sobrevivido de múltiples maneras, lo que en buena medida ayuda a explicar y entender algunos de los grandes problemas (entre ellos la violencia estructural) de nuestro país.

El hecho de que en Colombia nunca haya sido repartida democráticamente la tierra, es decir, que jamás se haya realizado una reforma agraria que merezca tal nombre, ayuda a entender el carácter antidemocrático, excluyente, intolerante y violento del sistema político nacional, siendo uno de los factores que explican

que nuestro país sea uno de los lugares más injustos del planeta (para ser más precisos el número once y uno de los más desiguales de Sudamérica, junto a Brasil y Chile). Ese monopolio territorial se proyecta hasta el día de hoy, como se demuestra con cifras elementales: el 1,2 por ciento de los propietarios acaparan el 55 por ciento de todas las tierras disponibles; los terratenientes siempre han desempeñado un papel protagónico en la política y en la sociedad colombiana; en los últimos quince años se ha concentrado aún más la tierra por el despojo violento de campesinos, indígenas y colonos, por grupos paraestatales que acaparan cinco millones de hectáreas.



Hemos mencionado todos estos aspectos, porque en *Surcando amaneceres* de Laura Varela y Yuri Romero se recupera una historia trascendental para comprender gran parte de los problemas de nuestro presente histórico y para recordar los caminos de esperanza y de lucha recorridos por millares de campesinos a lo largo del siglo xx. En efecto, allí se nos recuerda que en el Sumapaz y el oriente del Tolima se fueron configurando grandes haciendas de miles de hectáreas en manos de unos cuantos propietarios que necesitaban del control de la fuerza de trabajo de campesinos, colonos, arrendatarios y labriegos, la mayor parte de ellos provenientes de Boyacá. Estos campesinos fueron excluidos de la propiedad de la tierra y sometidos a oprobiosos sistemas de trabajo y de explotación,

puesto que las haciendas en muchos casos eran un “estado dentro del Estado”: tenían sus cuerpos de seguridad interna, sus propios jueces y policías, emitían una moneda de curso forzoso en la circunscripción territorial de la hacienda, prohibía a los peones y colonos moverse libremente de un lugar a otro y les obligaba a pagar cumplidamente con sus obligaciones so pena de ser sometidos a castigos y torturas (como el terrible cepo), se practicaba el derecho de pernada por parte de los terratenientes... y mil abusos más propios del dominio hacendatario.

La apropiación de baldíos por parte de los terratenientes, la expulsión de los campesinos y su incorporación brutal a los terrenos de la hacienda —ya que sus brazos eran indispensables para los terratenientes— explican en gran medida el origen de los conflictos agrarios que allí se presentaron desde finales de la década de 1910. Esto constituye la base material o estructural de los conflictos, punto de partida de las protestas y de las luchas agrarias, la cual es estudiada con detalle por las autoras de este trabajo para dilucidar las condiciones objetivas que explican esas luchas.

Pero también se encuentra como factor de primer orden la base subjetiva, política y cultural del malestar rural en el Sumapaz, la cual está directamente relacionada con las influencias ideológicas y políticas que confluyeron en la región desde la década de 1920. La riqueza y diversidad de esas influencias en ese territorio le dio un carácter privilegiado a sus luchas, puesto que por allí estuvieron personajes de primer rango en la historia social de nuestro país como Erasmo Valencia, Jorge Eliécer Gaitán y Juan de la Cruz Varela. El pensamiento agrarista, gaitanista y de izquierda dinamizó las acciones de campesinos y colonos en torno a la lucha por la tierra y esto dignificó a los agrarios que se movilizaban en pos de “Tierra, libertad y justicia”, una consigna reveladora de los objetivos en juego y simbólicamente expresivo del sentido de la lucha y la acción.